

## COMO LOS BOTONES DE LA BOCAMANGA

(8 de marzo, Día de la Mujer Trabajadora)

M<sup>a</sup> Carmen Gil del Pino  
Profesora Dpto Educación  
Facultad Ciencias de la Educación  
Universidad de Córdoba  
Marzo/05

(Publicado en Diario Córdoba de fecha 8 de Marzo de 2005)

Despeñadas monte abajo, expuestas hasta morir en estercoleros públicos o recogidas como esclavas o prostitutas, intercambiadas, compradas y vendidas, obligadas por dioses y por hombres a conservar la virginidad a la vez que violadas por unos y por otros, abocadas fatalmente al matrimonio, entregadas al marido de una hermana estéril o muerta, engordadas y comidas por sus propios maridos/raptores, mutiladas, privadas de los frutos de su (re)producción, sometidas, maltratadas, malditas.

No hace falta hurgar en los repliegues escondidos de la historia para conocer el rosario de penalidades que las mujeres han sufrido a lo largo de ella. Son demasiado grandes como para que la trama del tiempo pueda enterrarlas. Además, aún están vivas, y aún reverdecen en la espiral ascendente de maltrato.

Cualesquiera que sean los presupuestos desde los que busquemos hechos de la vida relacionados con los padecimientos de las mujeres, de ningún modo podremos eludir uno tan discutible como persistente: el principio del dominio del varón.

En efecto, si nos remontamos en la cadena de la evolución humana, descubrimos con facilidad que, por lo general, los hombres siempre han ejercido su control sobre las mujeres. Ellos han tenido en sus manos el cetro del mundo, aunque ninguna fuerza natural ni sobrenatural se lo entregó. La lucha por la supervivencia los obligó a empuñarlo hace cientos de miles -tal vez millones- de años.

Para sobrevivir, los primeros homínidos se dedicaron a la caza de presas de gran tamaño. Y eran los machos, no las hembras, los que cazaban. Éstas, al ser abastecidas de carne por ellos, no tardaron en caer bajo su control. La ventaja masculina es, por tanto, un hecho cultural. Es la sociedad, no la naturaleza, no la biología, la que convierte al varón en dueño de la mujer. El *hombre natural* -*homo*: sin distinción de sexo- es señor de todas las criaturas vivientes; el *hombre social* -varón-, es señor, además, de las mujeres.

Cuando se requiere fuerza física para realizar tareas relacionadas con la supervivencia del grupo, cuando los hijos son completamente indefensos durante varios años y, en consecuencia, dependientes de sus madres, se desarrolla necesariamente una división del trabajo basada en el sexo. Ahora bien, esta división no implica que necesariamente haya desigualdad de status. Sin embargo, ya en las primeras sociedades humanas se entrelazaron, ¡y de qué manera!, las relaciones de poder y las de sexo.

Aquellos elementalísimos cerebros masculinos lograron darse cuenta de que las mujeres constituían una fuente de riqueza y de poder político. No sólo eran valiosas como reproductoras -cumplían las funciones básicas y altamente especializadas de engendrar y de criar a los hijos- sino

también como recolectoras de vegetales y, sobre todo, como bienes preciosos intercambiables. A través de ellas los grupos se relacionaban y establecían alianzas. Por tanto, la protección de las hembras del propio grupo y el robo de las del grupo rival fueron prácticas habituales de los machos de cualquier horda, y su poder sobre unas y otras fue absoluto, hasta el extremo de deshacerse de ellas a través de los más repugnantes procedimientos cuando dejaban de serles útiles.

Lo más increíble de todo es que el dominio del varón haya resistido el paso del tiempo como probablemente no lo haya hecho ningún otro fenómeno social. Se ha perpetuado por la fuerza del hábito, aunque las condiciones en las que se originó ya no existen. Ni nuestra supervivencia depende ya de la caza, ni las madres están forzadas a entregarse por entero a sus hijos durante períodos de tiempo tan largos.

El poder del hombre es, por tanto, una reliquia, un rudimento, un *survival*. No tiene razón de ser en esta sociedad civilizada. Carece enteramente de utilidad, como los botones de la bocamanga de la chaqueta.